

## CAMPESINADO Y NACIÓN

Tulio HALPERIN DONGHI  
*University of California*

ES FÁCIL PROFETIZAR QUE LAS RESEÑAS dedicadas a la obra de Florencia Mallon *Peasant and Nation. The Making of Post-colonial Mexico and Peru* (Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1995), reconocerán unánimemente que se trata de un libro importante; si no todos estarán de acuerdo con John Tutino cuando proclama que “la nueva historia de América Latina comienza aquí”; no será porque duden de que en efecto *Peasant and Nation* está destinado a marcar un punto de inflexión en el avance de la disciplina, sino a lo sumo porque no están seguros de que en esta obra que, a la vez que busca abrir el camino para una nueva etapa, hace balance de la que —sin necesariamente habérselo propuesto— viene a coronar, no sea acaso en ese balance donde se encuentren sugerencias aún más útiles que las referidas a la que aspira a inaugurar.

La importancia del nuevo libro de Florencia Mallon está ya asegurada por el tema que ha osado afrontar. Historiadora de Perú, campo en el que ingresó triunfalmente en 1983 con su *The Defense of Community in Peru's Central Highlands*,<sup>1</sup> aborda ahora por vía de comparación un problema —se diría que un enigma— central en la historia moderna

<sup>1</sup> MALLON, 1983.

de México: cómo y por qué es posible que haya en efecto —y desde no muy tarde en la etapa independiente— una historia política de la nación mexicana (y no tan sólo la de un grupo relativamente minúsculo encaramado en la cima de la sociedad que arrogantemente se identifica con esa nación) cuando no es seguro que la haya aun hoy de la peruana, y hasta hace medio siglo no la hubo de la boliviana. Aquí no se detiene, sin embargo, su audacia: a fin de abordar con conocimiento de causa este ambicioso intento de historia comparativa, la autora emprende un examen sin complacencias los supuestos teóricos del vasto esfuerzo de renovación historiográfica al que vuelve a ofrecer ahora una contribución decisiva, que se suma a las que ha venido aportando a él por más de una década.

En ambos aspectos, su nuevo libro se aparta de su predecesor, aparentemente cómodo en su marco regional, y abierto no demasiado problemáticamente a muy variadas inspiraciones teóricas e ideológicas, desde las de más de una corriente de la antropología norteamericana, hasta la del Lenin de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En lo que por fortuna no se aparta es en el interés apasionado por lo histórico-concreto, que la lleva a hacer del rastreo de fuentes —esa tarea necesaria que muchos llevan adelante pensando en otra cosa— una experiencia de intensidad casi deportiva, y encuentra su premio en su capacidad de ofrecer imágenes ricas hasta el abigarramiento de las complejas realidades sociales e ideológico-culturales que ha reconstruido con minuciosa atención.

¿De qué trata el libro? Resumiendo abusivamente una línea argumental compleja y sutil, digamos que a partir de la exploración de dos procesos de resistencia regional y campesina en el marco de la lucha contra una invasión extranjera (la sierra norte de Puebla durante la intervención francesa en México; la sierra central de Perú —ya explorada en *The Defense of Community*— durante la segunda guerra del Pacífico), y otros dos en que ese contexto pierde mucho de su centralidad (el futuro estado de Morelos en México; Cajamarca en Perú) se trata de aquilatar —como lo anticipa el título— el papel de los campesinos

en la formación del Estado nacional. Contra quienes les reconocen uno meramente receptivo de una ideología propuesta —o impuesta— por la burguesía, se los reivindicará como actores en ese proceso, y capaces en algunas situaciones privilegiadas de articular un proyecto nacional alternativo al promulgado desde lo alto.

Tanto en México como en Perú, esos proyectos fracasan, pero a través de desenlaces distintos. Sin duda en ambas comarcas esos desenlaces dejan a los subalternos en posición subalterna, pero mientras en México se logra mediante la incorporación selectiva en la agenda del Estado liberal surgido de las guerras de reforma y de la intervención francesa (y de nuevo y aun más marcadamente en la del forjado por la Revolución) de fragmentos de la agenda popular (que consagra la incorporación subordinada a ese estado de quienes en un momento se esperaba capaces de imponer una agenda alternativa), en Perú es el resultado de la denegación de toda legitimidad a esa agenda y de la exclusión —a menudo violenta— de quienes lo sostienen.

La autora encuentra enigmática esa divergencia entre dos comarcas entre las cuales las semejanzas predominan: “al abrirse la historia poscolonial de América Latina, México y Perú eran aproximativamente comparables. Habían sido los mayores centros de civilizaciones indígenas precolumbinas y del dominio imperial español. Tenían las minas de plata más ricas, las más opulentas élites coloniales, y las poblaciones indígenas más numerosas de toda Hispanoamérica. Ambos países entraron en el llamado periodo nacional en pleno desorden político, y ambos requirieron un buen medio siglo para que los esfuerzos de estabilización política comenzaran a alcanzar efectos. En ambos, además, esas prometedoras primeras tentativas de formación del Estado fueron interrumpidas por invasiones y ocupaciones extranjeras” (p. xvii).

Es difícil no preguntarse aquí si con ello no ha venido a hacer más difícil la tarea que se ha fijado, al apartar la mirada de todo lo que desde el momento mismo de la conquista separa la experiencia mexicana de la peruana. Es obvio, sin embargo, que conoce muy bien lo que las diferencia, y

si prefiere no tomarlo en cuenta (su promesa de proporcionar en el capítulo I parte de los antecedentes coloniales que hacen al caso la cumplirá sólo de modo muy limitado) es probablemente más bien porque a sus ojos, mientras los antecedentes coloniales son precisamente eso, antecedentes, las alianzas y los conflictos que se desplegaron en torno a las intervenciones extranjeras tanto en México como en Perú son ya los capítulos iniciales de una historia que continúa hasta el presente.

La coherencia que alcanza en la reconstrucción tanto del proceso mexicano como del peruano sugiere que tiene razón en ello. Sólo se le escapa alguna muy leve huella que sugiere que la divergencia que ve consolidada en el desenlace de ambos procesos estaba ya en parte anticipada en el punto de partida. Así, no deja de ser sugestivo que los cuerpos de reclutamiento local y campesino que luchan contra el invasor sean, desde el comienzo, conocidos como “guardias nacionales” en la sierra de Puebla y como “montoneiras” en Junín; mientras la primera designación reivindicaba para ellos un lugar legítimo en la estructura institucional de un Estado mexicano que en esa hora crítica sobrevivía sobre todo como una abstracta fuente de legitimidad para quienes quisiesen defenderlo, la segunda los presentaba como el fruto, necesariamente deficiente en orden y estructura, de una iniciativa nacida al margen del aun más fantasmagórico Estado peruano.

Ello no impide que los datos decisivos estén todos ellos presentes en una ceñida exploración de los destinos divergentes de los Estados mexicano y peruano, desde que ambos buscan consolidarse bajo el signo del liberalismo hispanoamericano del tardío ochocientos, proyectada sobre la clave de las relaciones también diferentes que esos Estados establecen con las mayorías campesinas.

Esta reconstrucción, menos simétrica de lo que la autora se había propuesto —en la que México termina pesando más que Perú—, es el fruto de un esfuerzo de doce años por hacer justicia al papel del campesinado en el surgimiento de la nación. Si el esfuerzo ha resultado más prolongado de lo que la autora esperaba se debe en parte a

que —incitada a ello por la tensa relación que mantiene con las corrientes ideológicas y epistemológicas bajo cuyo signo ha emprendido esa indagación— iba a hacer implícitamente de ésta, como se ha indicado más arriba, el banco de prueba de la validez y relevancia de aquéllas.

Lo que está en juego en esta exploración sin complacencias es algo más que el fruto de una experiencia individual. En otro escrito que afronta ya muchos de los interrogantes más sistemáticamente explorados en la obra actual, Florencia Mallon se declaraba integrante de una generación marcada por dos “transiciones intelectuales y políticas bastante dramáticas”: la primera estimulada por el renacimiento del radicalismo a escala mundial, que la incitó a combinar investigación local con teoría radical y métodos que enfocaban a la “gente común”, en la esperanza de “producir complejos estudios de caso que constituirían un desafío al reduccionismo, al conservadurismo político y a los supuestos imperiales de una etapa previa, intelectualmente más ortodoxa y unificada”; la segunda, que “combinó la crisis de marxismo y socialismo con el renacimiento de la subjetividad presente en el feminismo y el posmodernismo/posestructuralismo”.<sup>2</sup>

Se advierte de inmediato que esa experiencia no es la de toda una entera generación de historiadores, sino de una porción de ella acotada por un marco nacional preciso: el de Estados Unidos. En efecto, en Francia o Italia los sesenta no marcaron el renacimiento, sino el comienzo de la crisis de una “teoría radical” que era muy exactamente la del marxismo, y en Gran Bretaña el afloramiento de un radicalismo que, sin renegar de sus vínculos con la tradición marxista, a la vez que la problematizaba, la integraba en un campo ideológico más amplio, en que venía a gravitar, más aun que las contribuciones ideológicas vernáculas, la preferencia por un estilo de abordaje más orientado a captar cada experiencia histórica en lo que tenía de concreto que a instalarla satisfactoriamente en la casilla que le estaba de

<sup>2</sup> MALLON, 1993, p. 372. COOPER, MALLON, STERN, ISAACMAN y ROSEBERRY, 1993, p. 371.

antemano reservada dentro de un previo enrejado teórico, que E. P. Thompson iba a reivindicar con fiereza frente a las seductoras novedades importadas del continente por Perry Anderson y otros.

Esa raíz en una experiencia nacional precisa se refleja también en otro rasgo generacional que Florencia Mallon subraya menos que la marca que en esa generación de historiadores iban a dejar los dos cataclismos ideológicos arriba evocados: es la definición de su tarea generacional como la de puesta en contacto entre ciertos paradigmas teóricos y ciertas realidades empíricas que se habían mantenido hasta entonces separados. Así ha de presentarse como participante en una

[...] excursión generacional, dirigida (en sentido a la vez recto y metafórico) hacia el campo, en la cual algunos de los participantes llevaban bajo el brazo el tomo I de *El Capital*, y otros *Leer el Capital*, mientras otros aun más numerosos viajaban en compañía de E. P. Thompson, E. J. Hobsbawm o Antonio Gramsci, y había aun algunos que buscaban acomodar en sus mochilas todos esos textos y todavía otros más.<sup>3</sup>

Si la empresa de colmar el hiato entre paradigmas teóricos y realidades empíricas ocupa tan decididamente el primer plano, es sin duda porque para los estudiosos norteamericanos las teorías que comenzaban a atraerlos eran aun más ajenas a la esfera de su experiencia, tal como la estaban viviendo en el marco de su específica sociedad nacional, que a las que buscaban esclarecer en esas sociedades más exóticas. Así, no es sorprendente que para ellos la crisis del marxismo se diese casi exclusivamente en el plano de la teoría, y fuese vivida como el derrumbe de una grandiosa estructura de ideas en la que por un momento habían creído encontrar firme fundamento para sus reconstrucciones históricas. No podían ver en ella mucho más que eso en un país en cuyas clases populares, tal como W. Sombart había subrayado ya a comienzos de siglo, el socialismo marxista se había mostrado incapaz de echar

<sup>3</sup> COOPER, MALLON, STERN, ISAACMAN y ROSEBERRY, 1993, p. 371.

raíces, y no se mostraba capaz de ello en medio de la vasta crisis de sociedad abierta con el fin de la prosperidad de la posguerra.

No así para sus colegas y contemporáneos franceses o italianos: para ellos esa crisis era una dimensión del tránsito —que vivían además en su experiencia cotidiana— entre la sociedad industrial y la posindustrial, que estaba provocando el lento agotamiento de la fe colectiva que había puesto a los partidos comunistas muy cerca de realizar su ambición de constituir un entorno total para la vida individual y colectiva de vastos sectores de las clases populares. Yes la misma intimidad entre la crisis de la teoría y la experiencia vivida en el marco de la sociedad nacional la que sin duda subtiende el tono cada vez más nostálgico de algunos de los herederos de E. P. Thompson, que llevan a la historia del movimiento obrero algo de la *pietas* y de las curiosidades anticuarías que suelen florecer, por ejemplo, entre los cultores de la historia de regiones arcaicas.

Ese específico contexto estadounidense sin duda no es ajeno a una actitud que tiende a hacer del paradigma teórico un *deus ex machina* que desde lo alto se superpone a muy variadas realidades empíricas para implantar en ellas un sentido, una actitud que contribuye a explicar también el entusiasmo con que el mundo académico norteamericano iba a recibir en sus sucesivas oleadas los ramalazos de las revoluciones epistemológicas que agitaron el ambiente parisiense durante las últimas décadas: de cada una de ellas se esperaba que proporcionara por fin la *clavis universalis* prometida en vano por la anterior.

Otras peculiaridades de la experiencia nacional estadounidense iban a contribuir también al éxito de estas nuevas perspectivas, ya decididamente posmarxistas: si la visión que fragmentaba al sujeto histórico en una congerie de sujetos rivales pudo conquistar en Estados Unidos el ancho arraigo institucional que no iba a alcanzar en Europa, mucho se debe ello al peculiar equilibrio político que —surrido al disiparse las fugacísimas ilusiones acerca de esa más igualitaria *Great Society* que el presidente Johnson había creído tener al alcance de la mano— iba a perdurar por

décadas: admitiendo que las desigualdades sociales se rehusaban a esfumarse, el Estado asumía la función más modesta de ofrecer una muy parcial compensación material y una mucho más generosa compensación simbólica por ellas: la universidad iba a ser uno de los instrumentos utilizados con ese fin.

Durante esta larga etapa, que parece hoy estar llegando a término, las universidades iban en efecto a ofrecer un terreno privilegiado para la afirmación de la autoconciencia de los grupos desfavorecidos. No se trataba tan sólo, en efecto, de eliminar las barreras que les habían cerrado el acceso a posiciones de autoridad (y para los grupos más duramente golpeados, a la institución misma); quienes eran ahora admitidos lo eran como representantes de esos grupos antes marginados, y se esperaba de ellos que diesen voz a sus perspectivas hasta entonces silenciadas. Se adivina fácilmente hasta qué punto esa reorientación político-institucional contribuiría a promover el avance de las nuevas perspectivas que rehusaban seguir organizando la narración histórica como biografía de un privilegiado sujeto colectivo. Se adivina también qué peligros entrañaba: menos ansiosa de promover el avance del conocimiento que de alcanzar ciertos resultados juzgados socialmente deseables, con criterios que por cierto no tenían nada de revolucionarios, iba a satisfacerse a menudo con el remplazo del *grand récit* unificado en torno a un héroe colectivo único por una multiplicación de *grandes récits* consagrados a la gloria de esos nuevos subhéroes colectivos en los que debía reconocerse cada uno de los grupos antes marginados, que imitaban fielmente los rasgos más consternantes de la historiografía tradicional.

No es necesario decir que el esfuerzo de Florencia Mallon se inscribe bajo un signo opuesto al de esas dudosas empresas. Pero es difícil creer que la experiencia de vida del historiador no contribuya a definir los intereses que han de inspirar su modo específico de abordar el pasado; la tentación es entonces grande de postular una cierta conexión entre la centralidad que en *Peasant and Nation* se reconoce a la rivalidad entre discursos (y quizá más aún a

la que se asigna dentro de ellos al discurso histórico, orientado a imponer una cierta versión de la pasada ejecutoria de un grupo), y una experiencia de historiadora que se viene desplegando en un contexto en que la lucha por imponer un discurso está tan poco distante de la lucha por éxitos menos simbólicos que ambas son en rigor una sola.

Al postular esa conexión no se hace sin duda sino formular una conjetura; lo que no es conjetura es que al abordar esa noción, central para sus análisis, que es la de hegemonía —que subraya la complementariedad de coacción y consenso en la consolidación del predominio de un grupo sobre otro—, no sólo se concentra la atención en los aspectos de la construcción discursiva del consenso que se hallan más alejados de la esfera en que la coacción se exhibe en su desnudez, sino —como consecuencia casi inevitable— el violento escorzo impuesto por esta perspectiva quita parte de su relevancia inmediata al compromiso teórico con una noción de hegemonía que subraya el papel que la coacción retiene en ella.

En este punto la perspectiva aquí dominante se separa decididamente de las que parecen estar hoy ganando terreno,<sup>4</sup> y no porque se descrea del papel irremplazable del consenso en la construcción de hegemonía, sino porque se sospecha que ese consenso es más frágil e incompleto de lo que parece a primera vista, y que es la presencia de la coacción —y la conciencia que de ella tienen sus víctimas potenciales— la que lo protege de las consecuencias de su intrínseca flaqueza.

Eso no significa que la imposición de una cierta visión del pasado no tenga un papel importante en la construcción de hegemonía, y que la exploración de las disputas en torno a cuál de esas posibles visiones finalmente ha de imponerse no tengan un lugar legítimo en la indagación del tema, pero sí que, al encarar esa investigación a través

<sup>4</sup> Es la conclusión que parece deducirse, por ejemplo, de la tendencia general de los trabajos reunidos en la admirable colección de estudios que compilaron JOSEPH Y NUGENT, 1994, que sorprende menos en el prólogo de James C. Scott, que en el de Philip Corrigan y en el epílogo teórico debido a Derek Sayer.

de ese tópico preciso, Mallon ha escogido quizá el camino más arduo para alcanzar su meta.

Hasta qué punto lo es se hace evidente cuando se compara su enfoque con el adoptado por Corrigan y Sayer en su libro universalmente admirado que, como es sabido, ha marcado un jalón decisivo a los estudios del tema. En *The Great Arch*,<sup>5</sup> ellos han enfocado el área de máxima intimidad entre coacción y consenso, al examinar la dimensión discursiva de la construcción del Estado a través de uno de los pocos discursos que pueden reivindicar para sí inmediatos efectos coactivos, a saber, el de la ley positiva; su esfuerzo principal se iba a orientar a demostrar cómo la eficacia de ese discurso no se agotaba en esos efectos, y cómo en cambio su progresiva articulación, en nada rectilíneo avance a través de siglos, ofrece el núcleo mismo de la “revolución cultural” cuyo triunfo se apoya en la consolidación de un nuevo consenso.

Si se tolera una metáfora excesivamente mecánica, al concentrar su atención en cambio en el punto de máxima distancia entre coacción y fundación discursiva del consenso, Florencia Mallon afronta la tarea más difícil de mantener en equilibrio dos objetos demasiado remotos, entre los cuales éste corre constante riesgo de romperse en beneficio de uno u otro. Así ocurre en particular en su examen del futuro estado de Morelos: cuando leemos en la página 166 que “durante la década previa [a la intervención francesa los aldeanos de Morelos y Cuernavaca] habían construido discursos populares, radicales y sofisticados, en torno a nociones de derechos liberales” y que “como reacción [a las demandas fundadas en esos discursos] los liberales en posición de poder elaboraron discursos racistas y de exclusión”, la duda se impone de si al elegir esta vía de ingreso al conflicto entre éstos y aquéllos no se pone en primer plano un aspecto ciertamente muy real —y marcado por complejidades y contradicciones que presentan un tentador desafío a la capacidad analítica del historiador— de un proceso en el que, sin embargo, lo esencial ocurre en

<sup>5</sup> CORRIGAN Y SAYER, 1985.

otra parte. La lectura de las páginas que siguen, y que ofrecen una presentación global de ese conflicto, hará muy poco por disipar esa duda; en ellas el equilibrio parece romperse en la dirección opuesta, y la imagen que proponen del nexo entre la rivalidad de dos discursos, y la que dos niveles sociales dirimen a través de una lucha político-militar, está muy cerca de establecer un vínculo de causalidad unilateral en beneficio de esta última.

Se trata sin duda de un ejemplo extremo, y si aquí se le menciona es porque precisamente por eso pueden percibirse también mejor a través de él las consecuencias quizá aún más decisivas de otra distancia: la que la autora establece entre sus intereses teóricos y el que la llevó a indagar el tema preciso de su libro (una actitud a cuyas posibles raíces en la experiencia de la generación norteamericana a la que pertenece se ha aludido ya más arriba).

Sin duda fue su interés originario en un tema que no podía ser más específico el que la llevó a abordar esos planteos teóricos, pero al afrontarlos —se ha indicado ya— iba a elevarse por encima de aquel tema, en busca de esclarecer las ambigüedades escondidas en una noción —la de hegemonía— en la que espera encontrar la clave de un fenómeno tan universal en las sociedades humanas como lo es su capacidad de imponer durante la mayor parte del tiempo una casi universal aquiescencia a ordenamientos en todos los cuales, bajo signos en cada caso distintos, los bienes materiales y simbólicos se distribuyen de modo abruptamente desigual.

La contribución que gracias a ello nos proporciona Florencia Mallon no podría ser más necesaria; se ha sugerido ya que uno de sus aportes más importantes es el riguroso balance que viene a ofrecer —quizá sin proponérselo del todo— del esfuerzo de esclarecimiento teórico en el cual se inscribe el suyo propio.

No ha sido ésta para ella una tarea constantemente grata. En particular sus contactos con el posmodernismo y el posestructuralismo le han dejado recuerdos agrídulces: nos asegura que el lenguaje y la jerga los encontró prohibitivos no sólo la lectura, sino más aún la escritura, y algo de esa

incomodidad frente a un instrumento expresivo que juzga sin embargo indispensable se refleja sin duda en la rigidez algo formulaica que el lenguaje tomado en préstamo del posestructuralismo conserva a veces bajo su pluma. Ello no impide que su modo de abordar el nexo entre encuadramiento teórico y reconstrucción de un concreto proceso histórico se aleje totalmente del que habitualmente encuentra su expresión en ese lenguaje estereotipado.

En efecto, éste ha alcanzado su cada vez más enrarecido refinamiento en un largo proceso en que la teoría ha venido avanzando en vaso cerrado, en dos direcciones diferentes que tienen en común hacer cada vez más difícil mantener el nexo entre ese supuesto marco teórico y las realidades que era su objetivo nominal enmarcar.

Una de ellas llevaba a introducir una complejidad y refinamiento crecientes del aparato conceptual, mediante un análisis interno de cada uno de los elementos de éste, más bien que mediante cualquier control destinado a cerciorarse de si ese aparato ha aumentado o disminuido con ello su capacidad de dar cuenta de las realidades de nuestro mundo sublunar. La otra combina la búsqueda de un abstracto rigor conceptual con la de un efecto estético: a la oscuridad todavía descifrable que es consecuencia de aquél agrega la menos penetrable del velo de sugerencias, alusiones y elisiones al que concede el primer plano, y con ello reduce al lector al papel de admirador deslumbrado de los elegantes ballets de ideas puestos en escena para su beneficio, en medio de un paisaje de nieblas en el cual ese lector se descubre incapaz de avanzar un solo paso.

Nada de eso ocurre en Florencia Mallon. Si los responsables de esas construcciones tan frágiles en su elegancia parecen seguir el consejo del poeta simbolista, *glissez, n'appuyez pas*, siempre útil para quienes patinan sobre hielo delgado, su actitud es precisamente la opuesta: está decidida a poner la máxima presión sobre esos instrumentos de análisis, sometiendo a las pruebas más duras su capacidad de esclarecer los procesos que le interesa estudiar. La honradez intelectual debiera ser un requisito mínimo para quien emprende una tarea intelectual, ese requisito es sin embar-

go tan frecuentemente ignorado, que el lector se sorprende admirando sobre todo ese rasgo en un análisis que encierra otros rasgos menos obvios e igualmente admirables.

No ha de sorprender que en el botín de esa incursión por la teoría la parte del posestructuralismo sea modesta. De la algo heterogénea tríada de pensadores invocada por la corriente de estudios subalternos —Gramsci, Foucault y Derrida—<sup>6</sup> su inspiración principal proviene (se ha indicado ya) de la noción de hegemonía acuñada por el primero, a la que buscará dotar de mayor precisión al distinguir entre hegemonía como proceso y como desenlace (una distinción quizá menos difícil de captar —y de aceptar como válida— de lo que parece temer la autora, que la subraya con una insistencia casi angustiada). A su excursión por el posmodernismo y el posestructuralismo no parece deber en efecto mucho más que una justificación para la exigencia de desconstruir la noción global de clases subalternas, en la que se refleja, por otra parte, una desconfianza sin duda previa a su contacto con esas corrientes frente a la tentación “romántica” de transformar a esas clases en una armoniosa hermandad de iguales, y una firme determinación de explorar las fronteras que también dentro de ellas separan a dominantes y dominados, explotadores y explotados.

¿Hasta qué punto ofrece la perspectiva de Gramsci un fundamento adecuado para el examen de los procesos que a la autora interesa estudiar? Primer descubrimiento: en un aspecto esencial —la presentación del proceso hegemónico como una lucha contra una “contrahegemonía”, es decir, contra un proyecto hegemónico alternativo a los propuestos desde la élite y surgido del seno de las clases subalternas— la visión gramsciana postula un rasgo que sólo se descubre inequívocamente en dos de los procesos bajo estudio (no en Morelos, donde lo que parece darse es la oscilación de

<sup>6</sup> Véase sobre el punto MALLON, 1994; la mención a los esfuerzos “to extend and rethink, from the perspective of the colonial and postcolonial world, the messages of Antonio Gramsci, Jacques Derrida and Michel Foucault”, p. 1493.

las clases subalternas entre la aceptación del discurso del liberalismo —ambiguo discurso en que la inspiración del radicalismo suriano deja pronto paso a la del proyecto moderado, tanto más distante de las aspiraciones campesinas— y del conservador del Segundo Imperio; menos aún en Cajamarca, donde simplemente falta la base social coherente que haría posible la articulación de un proyecto —y por lo tanto de un discurso— contrahegemónico).

Esa discrepancia entre las nociones elaboradas por Gramsci en torno a la hegemonía y las realidades meso-americanas y andinas no debiera quizá sorprender demasiado. Aunque es posible y legítimo hacer uso de esas nociones en un marco estrictamente teórico, fueron articuladas por Gramsci con vistas a definir una estrategia que permitiese al movimiento comunista alcanzar la victoria en esa guerra de posiciones a la que se había visto reducido debido al fracaso de los ataques frontales que —animado por el éxito alcanzado en Rusia— había lanzado contra el orden vigente en las sociedades tanto más complejas de Europa occidental. En ese contexto tan escasamente académico, la universalidad por lo menos potencial de los proyectos contrahegemónicos se imponía menos como una noción teórica que como un postulado de la razón práctica.

Cuando se examina lo que tienen de peculiar las situaciones en las cuales llega en efecto a articularse un discurso contrahegemónico, una conclusión quizá aún más desazonante parece imponerse: la contrahegemonía sólo se hace presente de modo indudable cuando se transforma en hegemonía, cuando las clases subalternas presentan una estructura jerárquica y desigual que permite el surgimiento dentro de ellas de un sector relativamente privilegiado, y capaz, por lo tanto, de movilizar en torno a un proyecto hegemónico alternativo al resto de esas clases, víctimas sin embargo de las mismas desigualdades que lo benefician. No termina allí el esfuerzo de desconstrucción: si bien dentro de las clases subalternas es todavía posible la articulación de un proyecto y discurso contrahegemónico alternativo al de esas subélites, tampoco éste realizará plenamente el milagro de dar voz a los más desfavorecidos.

Florencia Mallon propone hacer de la noción de hegemonía comunal la que cubra todas esas ambigüedades y contradicciones. Las comunidades rurales —recuerda a sus lectores

[...] no fueron nunca totalidades indiferenciadas, sino entidades dinámicas cuyas identidades y líneas de unidad o división estaban siendo constantemente negociadas. Los discursos de género y etnicidad combinaban y entretejían una serie de luchas y transformaciones. Aunque había periodos de mayor cambio y de mayor continuidad, la creación y la transformación de las identidades sociopolíticas asociadas con la comunidad eran parte de un proceso abierto que nunca alcanzó a cerrarse.

Si estas entidades comunales aparentemente cerradas al cambio eran construcciones históricamente contingentes, ni el encuentro colonial ni la transición al capitalismo transformaron una *tabula rasa*. Por lo contrario, colonialismo, nacionalismo y capitalismo agregan complejidad a un campo discursivo que es ya dinámico y complejo. Nuestro cometido será por lo tanto entender cómo los múltiples discursos de género, raza, etnicidad y —cada vez más— de clase interactuaron y fueron transformados y reconstruidos históricamente, en el contexto de específicas formaciones sociales, y condicionados por las prácticas específicas de los participantes (pp. 11-12).

La insistencia con que se reafirma una sola intuición básica —a través de una cascada de formulaciones que la reiteran desde perspectivas en cada caso levemente distintas— confirma la centralidad que ésta tiene en un modo de concebir el funcionamiento de toda sociedad que gravita decisivamente en el proyecto historiográfico de Mallon.

Cabe preguntarse al mismo tiempo si esa visión tan nítida es capaz de dar orientación precisa a la exploración de los concretos procesos que dan tema a *Peasant and Nation*. Ya aquí la respuesta es menos claramente positiva; la ya percibida distancia entre discusión teórica y exploración empírica parece traducirse también en la insuficiencia de las conclusiones teóricas como guía de la indagación histórica concreta, pese a la lucidez con que la autora subraya que es en esa indagación la que ofrece el terreno de prueba para aquellas conclusiones.

En efecto, Mallon advierte muy bien que —por justa que sea la conclusión de que ni el encuentro colonial ni la transición al capitalismo transformaron una *tabula rasa*— ella invita de inmediato a preguntarse qué era —en cada uno de los procesos sometidos a examen— eso que no era una *tabula rasa* y en qué consistieron —también en cada uno de ellos— las transformaciones aportadas por el encuentro colonial o la transición al capitalismo.

Pero es precisamente al volverse hacia los procesos concretos cuando la argumentación seguida por Mallon —hasta ahora tan persuasiva— comienza a abrir algunos flancos problemáticos. No por culpa de la autora: pocas veces se ha hecho un esfuerzo más tenaz por recoger aun los materiales más remotamente relevantes, y por traer a la luz todas las riquezas que ellos esconden. Ello no impide que en la conclusión se vea necesitada de reivindicar su derecho a escuchar “las voces murmuradas en las orillas de la multitud sobre todo a través de hipótesis e imaginación” (p. 324). Sin duda es una reivindicación plenamente justificada: es bien sabido que todo estudio sobre las clases subalternas se ve trabado porque una de las consecuencias de su carácter subalterno es la dificultad en que se encuentran de hacerse oír, y el problema se hace aún más grave desde que se advierte que aun esas clases están cruzadas de internas fronteras jerárquicas; es de temer que las voces que nos lleguen con menos dificultades sean las de los menos subalternos...

Pero no estoy seguro de que todo el problema provenga de allí. Permítase examinarlo a través de un solo ejemplo en un libro tan rico en ellos: el de ese Xochiapulco en torno al cual Mallon ha llevado adelante un esfuerzo de exhumación particularmente exitoso de un pasado parcialmente olvidado aun por los herederos de sus protagonistas.

Xochiapulco fue el centro más dinámico del liberalismo radical en la Sierra de Puebla; movilizados en alianza con el legendario Juan Álvarez durante las guerras de reforma, sus habitantes quemaron luego el pueblo en desesperada resistencia contra el segundo imperio; decepcionados por

la sistemática ingratitud de la República restaurada, que busca sus aliados entre los más moderados liberales del llano, y aun entre los antiguos colaboradores de la intervención, constituyen por fin el núcleo más combativo de los “zacapoaxtlas” (Zacapoaxtla es la capital —conservadora— del distrito en que se encuentra Xochiapulco), que ese 23 de noviembre de 1876, que fue el día inaugural del porfiriato, hacen una breve irrupción triunfal en el centro mismo del escenario de la historia nacional. Ése fue el día —recuerda horrorizado Federico Gamboa— en que

[...] esta buena metrópoli virreinal... [vio a] millares y millares de serranos... anegar lo todo... mal vestidos... confundidos los oficiales con ‘clases’ y soldados... [en] inacabable desfile... rumor de agua embravecida y suelta que subía, subía sin descanso, venida de montes y sierras.<sup>7</sup>

Más de un siglo más tarde Florencia Mallon vuelve a descubrir en Xochiapulco (con sentimientos muy distintos de los de Gamboa) lo más cercano a una corporización colectiva de “los de abajo”; y no hay duda que esa comunidad tan excepcional ofrece un privilegiado término de referencia para su exploración de las complejidades y ambigüedades de la hegemonía comunal, a la que consagra el capítulo “La construcción conflictuada de la comunidad”. A Xochiapulco se refiere explícitamente, en efecto, al postular el surgimiento de una “patriarquía democrática” en el crisol de las luchas victoriosas contra conservadores y austro-belgas, de las que va a surgir un equilibrio nuevo entre el influjo antes dominante de los “pasados”, es decir, de quienes han ocupado los cargos más altos tanto dentro de la estructura institucional de la comunidad cuanto en las cofradías, y el de una nueva élite apoyada en sus proezas guerreras, cuyos integrantes, como podía esperarse, no sólo son más jóvenes, sino a menudo ajenos por origen a los linajes económicamente privilegiados que monopolizan esos cargos.

Esa nueva patriarquía es socialmente más democrática que la oligarquía a la que parcialmente reemplaza, pero es toda-

<sup>7</sup> *Diario*, 1977, pp. 87-88.

vía excluyeme, y no sólo porque no integra a todos los varones: por definición excluye a las mujeres. Y Mallon dedica buena parte de su esfuerzo a entender y hacer entender cómo puede no haber sobrevivido testimonio alguno de resistencia a esa marginación: y encuentra la clave de ese misterio en la división jerárquica de las mujeres a partir de las distintas etapas de su vida matrimonial (solteras, casadas sin hijos, madres de familias que cuentan con residencia separada, y suegras por fin en situación de hacer sufrir a nuevas generaciones femeninas la misma opresión de la que fueron antes víctimas). Apoyada en estudios antropológicos recientes de la montaña de Puebla y Tlaxcala, esta exploración en la que usa con abundancia el derecho a acudir a “la hipótesis y la imaginación” resulta totalmente persuasiva.

Si surge una duda no es por verla usar con tanto tino de ese derecho, sino más bien de que —como lo señala ella misma— “Xochiapulco era un caso particular... su tradición militar liberal usualmente *era* su política comunal” (p. 297). El pasado comunitario de Xochiapulco no podía ser más breve: en 1850 los colonos de las haciendas Xochiapulco y La Manzanilla, propiedad de la familia Salgado, arraigada en Zacapoaxtla, se alzan contra las exigencias crecientes de un propietario ansioso por ampliar en ellas los cultivos de caña de azúcar. Cuando el eco de la revolución de Ayuda llega a la sierra poblana, el alzamiento encuentra eco ampliado en algunos de los barrios ubicados al oriente de la menuda cabecera (no en todos por cierto, otros acentúan su lealtad a ésta en reacción al surgimiento de un centro rival cuyo dinamismo expansivo tienen razones para temer). En 1855, la victoria liberal se traduce en la creación del municipio de Xochiapulco, que —se ha recordado ya— iba a revalidar su derecho a la autonomía y dar nuevo testimonio de su fe liberal con épicas hazañas en los conflictos que siguieron, bajo el liderazgo primero de Manuel Lucas, comerciante nahua de la misma Zacapoaxtla, que había trabajado un tiempo en la hacienda, y luego de su hijo, el general Juan Francisco Lucas, transformado en hacendado por gracia de su boda con una heredera mestiza, y en patriarca de la sierra en el marco del porfiriato.

A primera vista la magistral reconstrucción imaginativa del proceso que llevaría a la consolidación de un equilibrio de influjos, entre el casi ancestral de los "pasados" y el más reciente de los jóvenes paladines del liberalismo, no parece demasiado relevante a la situación de esa comunidad improvisada, que desde su nacimiento se ubica en el centro del conflicto político regional. Pero ¿es seguro que sea así? ¿O es que entre los colonos de las haciendas rebeldes estaba vivo el recuerdo (y quizá no sólo el recuerdo, sino aun algunas de las prácticas) de un pasado no necesariamente demasiado remoto en que habían podido construir allí mismo una tradición comunitaria? Nótese que esta última hipótesis no es demasiado rebuscada: la hacienda ofrece un marbete legal que, como tantos otros, está lejos de cubrir en todas partes las mismas realidades sociales. Pero buscaremos en vano respuesta a esta pregunta; quizá la autora no tenía manera de descubrirla a partir de los documentos disponibles; más inquietante sería que no hubiese creído necesario formular la pregunta.

El paradigma tan persuasivo que Mallon ha construido para dar cuenta del fenómeno global de la hegemonía se revela entonces menos útil para echar luz sobre los modos concretos en que ella se constituye en cada uno de los casos bajo estudio, y quizá también por ello la autora termina por buscar refugio contra las no resueltas ambigüedades de un proceso histórico que avanza entrelazadamente en tan variados niveles, y en todos ellos con una tan desconcertante variedad de modalidades locales y temporales, en el examen de las rivalidades, al cabo menos complicadas, entre discursos históricos. A esa reorientación de objetivos debemos uno de los capítulos más fascinantes del libro, en que campea como en ningún otro su insobornable honradez intelectual, que no pierde nada de su firmeza al explorar el lugar que la propia autora no puede evitar ocupar en el diálogo entre visiones alternativas del pasado.

Cuando atisbaba yo a través del portón de hierro forjado de una esquina a una cuadra del edificio municipal de Xochiapulco, pensé por un momento que los negros ojos que a su vez

me escrutaban desde un rostro severo y desconfiado eran los del general Juan Francisco Lucas (p. 276).

Eran los de Donna Rivera, maestra jubilada y cronista del pasado de Xochiapulco, pero lo que hace memorable esa escena es menos el parecido así descubierto entre el patriarca de la sierra y su remota descendiente, que la confirmación palpable de que Mallon no es un sujeto soberano que indaga pasivos objetos de estudio: su objeto es capaz de devolverle la mirada. Ello introduce una dimensión existencial en una problemática cuya teoría no podría serle por otra parte más familiar;

[...] para mí el último estrato de descentramiento debe ser la aplicación del concepto de diálogo a mi propia relación con los sujetos históricos que habitan mi narrativa. Reconozco abiertamente los muchos estratos de ese diálogo. Al constituirme en constructora de la narrativa, tengo poder sobre su forma y sobre las imágenes de los actores que contiene. En cierto modo estoy demoliendo historias oficiales sólo para construir otra nueva.

El problema hallará solución, y “*sus* esfuerzos darán fruto sólo si *está* dispuesta a escuchar, a abrir *su* narrativa a las voces e interpretaciones rivales, a luchar para evitar asumir el papel del narrador omnisciente o positivista” (pp. 19-20).

Si la solución es más ambigua de lo que le parece a la autora (no la libera de su soberanía sobre la construcción de la narrativa, y sólo la incita a ejercerla de modo menos despótico y por lo tanto más eficaz) quizá el problema sea menos grave de lo que ella teme: esa soberanía de la que disfruta como constructora de narrativas es la más compartida de todas; a su modo la ejerce también cualquier silencioso vecino de Xochiapulco a quien basta una mirada para clasificarla como la “gringa entrometida” que Mallon temía ser a los ojos de sus interlocutores andinos.<sup>8</sup>

Pero ese problema esconde mal otro: a los peligros que provienen de su condición de narradora inevitablemen-

<sup>8</sup> MALLON, 1983, p. XIII.

te omnisciente (inevitablemente, porque en el relato pone todo lo que sabe, y sólo puede descubrir que ha ignorado algo en el momento en que deja de ignorarlo, y por lo tanto lo incorpora también a ese relato), se suman los que derivan de la tentación positivista, es decir, si entiendo bien, de ver a las narrativas ajenas como productos históricos dotados, a lo sumo, de validez relativa a su marco histórico, y a la propia como válida de acuerdo con el más antiguo criterio de verdad que la define como adecuación de la idea a la cosa.

Y es de temer que al abordar esta dimensión del problema por primera vez Mallon no sea del todo sincera, antes que con el lector, consigo misma. La conclusión se hace inescapable frente a su presentación del episodio aludido en el título del capítulo IX, "Al cabo, de quién eran los huesos, y quién lo decide". En su crónica histórica de Xochiapulco,<sup>9</sup> Rivera ha incluido el relato de Pascuala Martínez, que cuando niña vio en la futura plaza central de la población una fosa común destinada a los cadáveres de soldados austro-belgas víctimas de una emboscada de los pobladores locales; de esos cadáveres son los huesos que iban a ser descubiertos durante las excavaciones practicadas allí mismo en la década de 1970. Un análisis interno de ese relato confirma a Mallon que el episodio no pudo haber ocurrido durante la guerra contra la intervención francesa (entre otras cosas, menciona que los pobladores habían buscado refugio en la hacienda de Juan Pablo Lucas en Tlaxcantla; ahora bien, Lucas sólo se casaría con la heredera de esa hacienda en 1867). El episodio tuvo lugar en 1869, durante los conflictos de la República restaurada, y los huesos no son austro-belgas sino mexicanos.

En suma, mientras Donna Rivera puede tener opiniones acerca de esos huesos, Florencia Mallon está segura de que sabe la verdad sobre ellos. Como confiesa enseguida, no vacila en cosechar los beneficios de la que llama su "situación académica privilegiada". La confesión prosigue: "Utilicé su manuscrito como un texto central en mi recons-

<sup>9</sup> RIVERA MORENO, 1991, p. 101.

trucción de la historia local, pero adopté la perspectiva analítica más omnisciente hecha posible por mi acceso más amplio a documentación de archivo. En esas circunstancias me es casi imposible no transformar su obra en folklore, por más que me esfuerce por encuadrar la discusión en el marco de un diálogo entre intelectuales. Digo, aquí, en este pasaje, está en lo justo, pero allá mi información demuestra que se equivoca. Ejercicio poder en mi posición como intelectual al no permitir que ella me replique". No es seguro que en el imaginario diálogo intelectual entablado entre ambas, que se reduce en los hechos al soliloquio con que una de ellas replica al texto escrito por la otra, la relación sea necesariamente tan desigual como teme Mallon (al cabo, nada impide a Donna Rivera pronunciar sobre *Peasant and Nation* un veredicto que, aunque inspirado por criterios distintos, no será menos inapelable que el que su imaginaria interlocutora prefiere no formular explícitamente sobre *Xochiapulco, una gloria olvidada*).

Si Mallon teme beneficiarse injustamente con un exceso de poder no es entonces porque descubra que, en ese diálogo que no llega a ser tal, ella tiene la última palabra, sino porque está convencida —aunque se abstenga de confesarlo aun a sí misma— de que esa palabra se funda en un saber más sólido que el de su antagonista. Si prefiere no verlo así es sin duda porque, alerta a las posibilidades corruptoras y opresoras que derivan de la íntima relación entre saber y poder, sobre las cuales tan insistentemente nos advirtió Foucault, preferiría no contar con esa ventaja. No estoy seguro sin embargo de que sus escrúpulos no sean excesivos, y que en la desconstrucción de la noción de poder que también debemos a Foucault no hubiera encontrado razones válidas para aliviarlos.

Un episodio al que Mallon concede toda la atención que efectivamente merece así lo sugiere. El objetivo que la llevó a entablar su diálogo con Donna Rivera no era alcanzar ningún recíproco esclarecimiento intelectual: buscaba simplemente ganar acceso al manuscrito del que ésta era autora. Su formidable interlocutora sólo iba a concederlo luego de recibir de su peticionante una garantía —por escrito—

de que gestionaría con éxito de la Universidad de Puebla un compromiso formal de publicarlo. Pero la universidad ignoró luego ese compromiso, y el manuscrito, junto con la introducción que Mallon compuso para él, parecía destinado a reposar indefinidamente en sus archivos.

Escapó a ese destino cuando la Dirección General de Culturas Populares de Puebla tomó a su cargo su publicación, ahora con el frustrado prólogo de Mallon arrumbado entre las compilaciones de escritos ajenos sobre la región que Rivera había incluido en el volumen. En el lugar que originariamente le había estado destinado se encontraba ahora otro debido a la pluma de funcionarios de la Dirección, que celebraban en él —en el espíritu de la apertura indigenista que en ese momento juzgaba oportuno promover el gobierno mexicano— que las sociedades indígenas hubiesen finalmente resuelto investigar su propio pasado y formular su propio juicio sobre él. He aquí una vez más a las élites mexicanas dedicadas a su tarea habitual de construir y reconstruir hegemonía, mediante la incorporación selectiva de fragmentos de discursos contrahegemónicos, y en la perspectiva de esas élites —que deben en parte su largo predominio al instinto seguro que les señala dónde anida el poder— a la historiadora de Madison le corresponde un lugar decididamente más marginal que a su colega de Xochiapulco.

Es de temer que, movida por complejos sentimientos entre los cuales el de culpa no está por cierto ausente, Mallon preste una atención menos aguzada de lo habitual en ella a los modos concretos en que Donna Rivera ejerce su tarea de “intelectual local”, y que en consecuencia graviten sobre esa reconstrucción un tanto opaca ciertos supuestos acerca de los conflictos en torno a la hegemonía que quizá hubieran ganado con una problematización más explícita.

Así cuando nos dice que

[...] una de las razones de la eficacia de la estrategia de Rivera es que, al conectarse con el discurso oficial, su historia de Xochiapulco se incorpora a él, así sea de modo marginal y

contencioso. El costo de esta estrategia es, sin embargo, que partes importantes de la historia local, de la memoria local, deben quedar necesariamente fuera de los límites establecidos por el discurso hegemónico. Sólo partes seleccionadas de la contrahegemonía pueden serle incorporadas. Y las partes que no se le incorporan [como el hecho de que los huesos en la plaza de Xochiapulco son mexicanos y no austriacos] quedan cada vez más sumergidos y olvidados (p. 284).

En la página siguiente ofrecerá conclusiones más generales deducidas de este ejemplo concreto.

Los intelectuales locales como Donna Rivera Moreno [continúa] son así los archivistas del discurso contrahegemónico. Preservan y reproducen la historia oral al identificar los huesos, hablar a los ancianos, y conservar los papeles. Sus decisiones sobre cómo han de ubicarse en el desfile oficial [si marchan o no en él, y bajo qué banderas lo hacen] tienen efectos importantes sobre las formas que asume la memoria local y el modo en que sus pueblos pueden participar en la estructura política nacional emergente. Pero aun si los intelectuales locales gozan de poder y prestigio sustanciales a nivel local, son “socios menores” en las coaliciones regionales o nacionales. Si eligen articular la historia local como contrahegemonía contra un discurso hegemónico, no pueden elegir ni la forma que últimamente ha de tomar ni el efecto recíproco que el proceso alcanzará a nivel local. Al elegir mediar entre sus localidades y la cultura política nacional, los intelectuales locales eligen también asegurar la vigencia de por lo menos algunos de los principios de aquélla dentro de sus pueblos.

Subtendiendo esta caracterización sin ambigüedades evidentes se columbran sin embargo dos visiones distintas del papel del “intelectual local”. Por una parte lo vemos ejercer una soberanía plena sobre la versión que instituyen como canónica de la historia local, que es de hecho la única versión global de ésta que llega a constituirse como tal. No sólo depende de su decisión que los elementos de esa historia se articulen en un discurso contrahegemónico o se integren subordinadamente en el discurso hegemónico;

más radicalmente, de ellos depende decidir qué fragmentos de la memoria histórica local son incluidos en su narrativa, y cuáles al ser excluidos de ella son inapelablemente relegados al olvido.

Y sin embargo, el papel de mediación que se les atribuye se hace ininteligible si no se admite la presencia de una versión por lo menos potencialmente contrahegemónica, que sobrevive en la memoria local; en el ejemplo que Mallon propone —quizá más revelador de lo que ella misma advierte— esa versión no contaminada por las manipulaciones a las que la somete el intelectual local para hacerla servir mejor a su propia agenda, ya sea ésta subversiva o integrativa respecto del discurso hegemónico, coincide con la del historiador “positivista”: para ella también los huesos son mexicanos.

Las ambigüedades escondidas en la imagen del papel del “intelectual local” no son el único aspecto problemático en este análisis: es también notable qué limitados son los esfuerzos por reconstruir el modo concreto en que desempeña ese papel en el concreto ejemplo en examen. Así, de las rápidas alusiones al descubrimiento de los huesos puede deducirse que éste provoca universal sorpresa (al parecer nadie esperaba encontrarlos en el curso de una excavación destinada a construir una cancha de pelota al cesto); del mismo modo, del texto en que Donna Rivera presenta los recuerdos de Pascuala Martínez acerca de los cadáveres en la plaza como referidos a un episodio de la lucha contra la intervención, no resulta claro si al ubicarlo en ese contexto reproduce o interpreta el testimonio de ésta. En ambos casos, la narración de Mallon pasa de largo, prescindiendo de ahondar en aspectos del papel del “intelectual local” cuya exploración hubiera contribuido a echar luz sobre las ambigüedades no resueltas en la imagen que propone de éste. Si nadie esperaba encontrar huesos, ello sugiere que en este caso la función de ese intelectual como censor de una versión subversiva de la historia local no tiene incidencia significativa, puesto que el episodio mismo ha sido hasta tal punto borrado de la memoria colectiva que la presencia así sea soterrada de esa versión puede des-

cartarse; si es Pascuala Martínez antes que Donna Rivera la que ubica el episodio en los tiempos de la intervención, el papel de ésta en la formulación de la versión juzgada apta para integrarse subordinadamente en la historia oficial aparece también él considerablemente restringido. De nuevo, si no es seguro que sus materiales hubieran permitido a Mallon responder a estas preguntas, no parece tampoco que se le haya ocurrido formularlas.

Encontramos aquí por segunda vez un rasgo que hace que por lo menos para este lector de *Peasant and Nation* la constante admiración por el enorme esfuerzo heurístico y por la firmeza y consistencia con que define y defiende una muy persuasiva visión global de los conflictos hegemónicos deba convivir con una cierta perplejidad ante lo que cree percibir como un hiato nunca cerrado entre un esfuerzo tan riguroso como exitoso por construir una visión teórica general que se adivina fecunda, y un examen de procesos concretos en el cual parece faltar el eslabón que hubiera permitido a esas perspectivas generales incidir con toda la eficacia de las que se las adivina capaces. En alguna parte dice Mallon que “un ejemplo único no puede sostener el peso de un entero nuevo enfoque” (p. 3); se diría que afrontamos aquí un problema simétrico: un enfoque general, por justo que sea, no puede dar por sí solo respuesta a los problemas que plantea cada concreta situación.

Habría que concluir entonces que en este libro que se propone ofrecer a la vez una rendición de cuentas —y casi un examen de conciencia— en nombre de una generación que ha logrado grabar precozmente una huella muy profunda en el rumbo de la disciplina, a la vez que dilucidar un tema central en la problemática de ésta, el primer objetivo ha terminado por privar sobre el segundo. Aun si la conclusión fuese válida, seguiría siendo cierto que tanto la situación corriente de la historiografía como el vasto cataclismo histórico que le ofrece contexto y sentido hacían urgente atender ese primer objetivo, y que la admirable lucidez con que la autora afronta esa tarea compromete por sí sola nuestra gratitud. En cuanto al segundo de esos objetivos, aun el juicio más pesimista no podría ir más allá

de concluir que nos hallamos menos frente a un proyecto frustrado que ante una tarea sin completar; y nadie mejor para llevarla a término que esta historiadora de enorme talento, y dotada además de un valor intelectual que la lleva una y otra vez a afrontar los problemas que realmente importan, y no son nunca los de más fácil abordaje.

## REFERENCIAS

- COOPER, Frederic, Florencia E. MALLON, Steve J. STERN, Allen F. ISAACMAN y William ROSEBERRY  
 1993 *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor and the Capitalist World System in Africa and Latin America*. Madison y Londres: University of Wisconsin Press.
- CORRIGAN, Philip y Derek SAYER  
 1985 *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Blackwell.
- Diario*  
 1977 *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- JOSEPH, Gilbert M. y Daniel NUGENT (comps.)  
 1994 *Everyday Forms of State Formation. Revolution and Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham y Londres: Duke University Press.
- MALLON, Florencia E.  
 1983 *The Defense of Community in Peru's Central Highlands. Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton: Princeton University Press.  
 1993 "Dialogues among the Fragments: Retrospect and Prospect", en COOPER, MALLON, STERN, ISAACMAN y ROSEBERRY.  
 1994 "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History", en *American Historical Review*, xcix:5 (dic.), pp. 1491-1515.
- RIVERA MORENO, Donna  
 1991 *Xochiapulco: una gloria olvidada*. Puebla: Dirección de Culturas Populares.